
Tradición literaria clásica y su transmisión: Epístola XII de Séneca

Rosa Lucas González
Universidad de Salamanca

¿QUÉ ES EL LIBRO?

*El libro es lumbre del corazón;
espejo del cuerpo;
confusión de vicios;
corona de prudentes;
diadema de sabios;
honra de doctores;
vaso lleno de sabiduría;
compañero de viaje;
criado fiel;
huerto lleno de frutos;
revelador de arcanos;
aclarador de oscuridades.
Preguntado responde,
y mandado anda deprisa,
llamado acude presto,
y obedece con facilidad.*

(Códice medieval, Biblioteca de Toledo)

La filología es una disciplina histórica cuyo objetivo consiste en comprender, explicar y restablecer la tradición literaria. Tiene su origen en Alejandría (s. III-II a.C.), donde varias generaciones de

poetas filólogos se dedican a la labor de recopilar, estudiar y restaurar el patrimonio cultural transmitido por las generaciones anteriores y que corría el peligro de perderse para siempre.

La tradición literaria clásica ha recorrido un largo, incierto y apasionante camino en su proceso de transmisión, ha tenido que salvar innumerables obstáculos en el trayecto y ha perdido para siempre parte de su patrimonio.

El objetivo de este trabajo es doble: en primer lugar, trataremos de exponer los medios por los que la tradición literaria clásica se nos ha transmitido, los factores de tipo político, social, ideológico e incluso físico que han permitido o bien han frenado este proceso desde la antigüedad hasta la época moderna. En segundo lugar, haciendo el camino inverso, vamos a seguir la tradición manuscrita de un texto en particular, la *Epístola XII*, y vamos a confrontar tres ediciones modernas del mismo, donde tres editores ofrecen soluciones distintas ante un pasaje del texto francamente conflictivo.

No es posible partir directamente de la tradición latina sin hacer antes referencia a Alejandría y Pérgamo, puesto que Roma es al mismo tiempo receptora y transmisora de los logros que allí se consiguieron.

Antigüedad clásica: Alejandría y Pérgamo

A la muerte de Alejandro Magno el vasto imperio se fraccionó en manos de sus sucesores, perdiéndose así la idea de unidad política y cultural que se pretendía, y dando paso a las monarquías helenísticas.

Hacia el año 300 a.C., la nueva generación comprende que las grandes formas literarias griegas y las condiciones políticas que las habían favorecido, pertenecían ya al pasado. La democracia ateniense había sucumbido después de la guerra del Peloponeso y tanto la oratoria como el drama, especialmente la comedia antigua, habían desaparecido o bien se habían transformado. Un nuevo orden se imponía en el Mediterráneo oriental. Pero esta generación también comprende que esa gran herencia del mundo clásico tiene que ser preservada y estudiada; los grandes modelos del pasado pueden

servir como punto de referencia para el resurgimiento de la literatura griega, que ya en el siglo IV había dado señales de agotamiento. A su vez, los adelantos en la ciencia y la educación, alcanzados por los sofistas e Isócrates durante este mismo siglo, habían logrado que instituciones académicas como el Liceo o la Academia tuvieran ya sus propias bibliotecas, que fueron precedente y modelo de la biblioteca del Museo.

La biblioteca de Alejandría fue fundada por Ptolomeo Filadelfo alrededor del 280. Nunca tuvo la finalidad que tuvieron las bibliotecas en Roma o la que tienen en la actualidad, esto es, un centro de consulta. Adscrita al Museo, la biblioteca de Alejandría se formó con un grupo de estudiosos procedente tanto del campo de la literatura como del de la ciencia, especialmente bajo la dirección de Aristófanes y Aristarco. Conscientes de su misión de salvaguarda y transmisión de la tradición literaria de su glorioso pasado, varias generaciones de maestros y alumnos se suceden en la ardua tarea de dirigir los trabajos en la biblioteca: Zenódoto de Efeso, Calímaco, Apolonio Rodio, Eratóstenes de Cirene, Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia.¹

El primer paso que dieron fue nutrir al centro con un gran número de volúmenes,² almacenarlos y ordenarlos. A continuación se impone la necesidad de hacer una copia fiel de los textos que habían sido seleccionados. Estos textos fueron copiados a mano y estuvieron expuestos a todo tipo de correcciones e interpolaciones tanto en las escuelas, donde servían como textos escolares, como a manos de los actores en las representaciones dramáticas. Así pues, es fácil imaginar la cantidad de lecturas diferentes que presentarían las copias entre sí. Ante esta situación, los filólogos alejandrinos se ven en la necesidad de idear una *techne* para corregir y poder establecer un texto base de los autores que se usaban en las escuelas y que el público todavía instruido leía. Zenódoto y Aristófanes son dos de los filólogos que se dan a la tarea de desarrollar un sistema de signos para analizar los textos y hacer nuevas ediciones de éstos.³ No puede hablarse todavía de un método en el análisis y fijación de los textos, habrá que esperar muchos siglos aún, aunque sí supone ya una técnica con cierto grado de sistematización. Con todo, uno de los grandes méritos de los alejandrinos fue su capacidad para no alterar

los textos; las observaciones que les hacían las recogieron en comentarios aparte, dando lugar así a una abundante literatura crítica.⁴

Además de los signos críticos, aportan como novedad un primer intento de separación y puntuación de los textos. Son también los creadores de los "ordines" de los autores clásicos griegos, en particular de los poetas líricos y los oradores. Pero el principio más importante que establecen y sigue vigente en la moderna crítica textual, es que la mejor guía para los usos de un autor es su propia obra. Por tanto, las dificultades en su obra deben explicarse por referencia a otros pasajes del mismo autor.⁵

Bajo la dirección de Aristarco se produce el éxodo de los alejandrinos a consecuencia de la tiranía de Ptolomeo Evérgetes. Otros centros, como Pérgamo, Rodas y, finalmente, Roma, continuarán la labor emprendida en Alejandría. Sin embargo, habrá que esperar hasta el Renacimiento para que se produzca otro gran avance tanto en el proceso de la transmisión como en los estudios filológicos.

El primer relevo lo tomará Pérgamo bajo el reinado de Eumenes II. Sin embargo, nunca tuvo Pérgamo poetas comparables a los de Alejandría, ni su filología puede compararse con su precedente. Sus miembros provenían del ámbito de la filosofía estoica y sus intereses se centraban más en la filosofía del lenguaje que en el estudio de las lenguas particulares y la literatura. No sobresalieron por las ediciones de textos, pero sí por sus estudios monográficos sobre cuestiones particulares, en franca controversia a menudo con los alejandrinos. Sin embargo, ambos centros supieron reconocer y valorar los progresos del contrario. La figura más relevante de Pérgamo fue Crates de Cilicia, especialmente a raíz de su accidentado contacto con Roma en el 168.⁶

Otros centros del Mediterráneo oriental brillaron con luz propia: Rodas y Atenas se convirtieron en las escuelas de formación superior de la clase instruida romana. Se produce de esta manera un intenso contacto intelectual entre Oriente y Occidente, y así es como la tradición literaria clásica consigue asentarse en Roma para, desde allí, seguir su largo camino.

Roma

Ya en el siglo II a.C., Roma contaba con bibliotecas privadas provistas de un considerable material que la sociedad culta y refinada leía. Lucio Elio Estilón es el primer y más famoso filólogo romano. En el año 100 acompaña a Metelo Numídico en su exilio a Rodas, y allí entra en contacto con la escuela alejandrina a través de un alumno de Aristarco, Dionisio Tracio.⁷ A su regreso a Roma, aplica las técnicas alejandrinas en sus estudios sobre Plauto. Su alumno y continuador fue el anticuario y polígrafo Varrón (116-127). Este estableció la fijación del canon plautino, *Fabulae Varroniana*, aceptando como auténticas sólo 21 de las 130 que circulaban con el nombre de Plauto.⁸

Hacia finales de la República comienzan a hacerse planes para la fundación de bibliotecas públicas, pero habrá que esperar hasta el 39, en que Asinio Polión funda la primera biblioteca en el Atrio de la Libertad.

Por lo que respecta al comercio de libros, si bien hay noticias tempranas, aunque escasas, hay que esperar hasta la época de Cicerón para tener referencias más concretas y poder tener una idea más clara al respecto. Así, sabemos que Atico, el frecuente destinatario de las cartas de Cicerón, tenía un taller de *librarii* que ponía a disposición de sus amigos. Con el término *librarii* hay que entender no sólo los talleres de copistas, sino también los distribuidores de los libros. Ya de época imperial, nos han llegado noticias de libreros famosos: los Sosios, Trifón, Atrecto, entre otros.

En cuanto al proceso de edición de libros, éste era ciertamente complicado y azaroso. No existían los derechos de autor y éste, una vez que salía la obra de sus manos, poco o ningún control podía tener sobre ésta. Era frecuente que, durante el proceso de edición, el autor introdujera correcciones al texto que se estaba publicando; pero, claro está, esas correcciones alcanzaban solamente a las copias pertenecientes a los círculos cercanos al autor. El resto de las copias comenzaban a circular y a ser copiadas a su vez sin dichas correcciones. Esto explica el hecho de que se nos hayan conservado varias "ediciones" del mismo texto de un autor y de la misma época. Un

ejemplo de ello lo tenemos en la tradición manuscrita del *De republica*, de Cicerón.

El siglo II d. C., con su tendencia arcaizante, sintió un renovado gusto por los autores del pasado. Autores como Ennio, Plauto o Catón corrían el peligro de perderse debido a su lenguaje arcaico y oscuro que ya nadie comprendía. Este nuevo interés por ellos motivó el que fueran rescatados y transmitidos gracias a autores como Probo, Apuleyo o Aulo Gelio.

En cuanto al siglo III, la crisis económica y política produce un gran abatimiento en el aspecto cultural. No es un siglo de obras importantes, sino de tránsito a la Edad Media. Es la época de los compendios (Floro) y de los epítomes (Festo).

Durante los siglos IV-V aparecen de nuevo obras originales, especialmente en la esfera de la gramática (Elio Donato, maestro de Jerónimo, Servio y Prisciano, ya casi en el VI) y en la de los compiladores (Marciano Capella).

En esta época se producen también dos acontecimientos de vital importancia para la transmisión de la tradición literaria clásica.

A partir del siglo II, había comenzado a producirse un cambio en el soporte material de los textos. Hasta este momento el material generalmente utilizado había sido el rollo de papiro y, de forma muy aislada, el códice, también de este material. Las ventajas que ofrece el códice de pergamino frente al rollo de papiro, mayor duración, aprovechamiento y manejabilidad, hacen que aquél se imponga definitivamente en el siglo IV. Pero este cambio implica que los textos conservados en rollos de papiro deberán ser trasladados al nuevo material. Esto nos hace pensar en una nueva selección de los textos, los que serán copiados de nuevo sobre pergamino y aquellos que no lo serán, y cuya pérdida es difícil de evaluar. En cuanto a los criterios de selección, tal vez estuvieron determinados por los gustos de la época y el mayor o menor acceso a las obras de los distintos autores.

El otro acontecimiento importante para el proceso de transmisión de la tradición literaria en estos siglos, tendrá como marco la batalla final entre paganismo y cristianismo. Constantino había hecho del cristianismo la religión oficial del Estado, y a pesar de algunas reacciones posteriores e intentos de restauración pagana, como el caso del emperador Juliano, lo cierto es que la nueva religión

consigue imponerse como universal en el siglo v.⁹ Con todo, a pesar de la hostilidad de muchos sectores de la joven Iglesia hacia la literatura pagana y el sistema educativo romano, otros sectores más liberales, como el caso de Ambrosio o Agustín, siguieron leyéndola. Además, tampoco tenían otros recursos de los que echar mano, por lo que terminaron suavizándola y, mediante la alegoría, encontraron la forma de hacer inocuos los pasajes comprometidos, especialmente aquellos que aludían a ciertas costumbres no muy edificantes de los dioses paganos y que chocaban frontalmente con la moral de la religión triunfante. A su vez, con la aceptación de algunos de los sistemas filosóficos se intenta también atraer a los paganos cultos, demostrándoles que muchos conceptos de la religión cristiana podían explicarse sin grandes problemas a partir de Platón y los estoicos.

Finalmente, este período es también el de las *subscriptions*. Estas consistían en una serie de notas que se colocaban al final de las obras, entre el *explicit* y el *incipit*, y que dan cuenta de la fecha, lugar o circunstancias de la revisión de la obra; estas notas se fueron copiando de manuscrito en manuscrito junto con el texto al que habían sido añadidas. Representan el interés que, a pesar de todos los obstáculos, se tuvo en la baja latinidad por los textos clásicos y su preservación.

Podemos decir que si bien en este período se siguieron copiando algunos de los autores que los cristianos utilizaron, la hostilidad y el olvido hicieron que otros muchos se perdieran. A ello se suma también el hecho de que, ante la gran necesidad de material que los cristianos tienen para publicar sus obras de propagación de la fe, comienzan a reutilizar el pergamino, raspándolo para borrar el texto anterior y copiar el nuevo, dando lugar así a los *palimpsestos*. Estos fueron un motivo de pérdida, pero hoy día lo son también de preservación de textos, puesto que la moderna tecnología nos permite leer los textos que subyacen en los palimpsestos.

Edad Media: siglos VI-VIII

Finalmente, durante el siglo VI se produce el desmembramiento total del Imperio de Occidente. La ruina no sólo alcanzó a Roma, el resto de las provincias occidentales sucumbieron con ella.

En Italia, Boecio y Casiodoro, fundador de Vivarium, representan la transición del mundo antiguo a la Edad Media. A partir de este momento la península itálica entra en un largo letargo en cuanto a la actividad cultural. Pero, paradójicamente, va a ser en suelo italiano donde surgirá un nuevo movimiento, el humanismo, que va a determinar el futuro de la tradición clásica.

En Hispania, a pesar de las disensiones internas y los ataques externos, surge una pequeña luz, aunque breve, en Toledo con Isidoro como figura más relevante. Sus *Etimologías* suponen el final del enciclopedismo romano.¹⁰

En la Galia la situación es menos prometedora aún. La cultura clásica apenas consigue mantenerse durante el período merovingio en las clases elevadas, pero no se vislumbran trazas de continuación.

Ante esta desoladora situación, la educación y los libros se refugiaban en los monasterios. Gran parte de los manuscritos se han perdido en esta época a consecuencia de una cierta hostilidad generalizada de los creyentes y la falta de interés por su lectura, el olvido de los intelectuales, los incendios y saqueos provocados por las guerras y las condiciones adversas a las que estuvieron sometidos en muchas ocasiones. La transmisión, a raíz de la instauración del monacato en Occidente, se lleva a cabo en los *scriptoria* de los monasterios. Centros importantes en esta época son Vivarium, antes citado, y de mayor importancia, Monte Cassino, fundado por Benito de Nursia, en cuya Regla se determina un tiempo diario para la lectura. Nada dice de manera explícita con respecto a la copia de libros, pero para cumplir la norma de lectura diaria había que tener libros y la única manera de tenerlos era copiándolos.

A pesar de estos pequeños y breves relámpagos en medio de la oscuridad, el intervalo comprendido entre los años 550-750 supone un momento aciago para la tradición literaria latina en el continente europeo. Apenas se conservan unos pocos fragmentos de los siglos VI y VII.

Mientras en el continente la situación era incierta, en el extremo occidental de la cristiandad surge un nuevo movimiento intelectual. Irlanda e Inglaterra tienen un contacto más tardío con el mundo clásico y debido a ello su actitud ante la literatura pagana denota una gran curiosidad y desinhibición. Por otro lado, su latín es más puro que en el continente, donde el grado de desintegración de la lengua común estaba muy avanzado.

Con el consentimiento del papa Gregorio y la supervisión de Roma, los monjes irlandeses, con Columbano a la cabeza, comienzan a fundar en el continente una serie de monasterios (Northumbria y Malmesbury, en Inglaterra, Corbie, en Francia, Bobbio, en Italia y Saint Gall, en Suiza), que serán llamados a tomar el relevo en el proceso de transmisión.

En relación con Inglaterra, el primer contacto con Roma se produce con la llegada de Agustín a Canterbury. Después Teodoro y Hadriano consolidan la Iglesia en el país e introducen un programa educativo y literario, con la consiguiente aportación de textos paganos y cristianos. Dos personajes destacan en este momento, Aldhelmo y Beda, en cuyas obras nos transmiten una considerable lista de autores clásicos, aunque ello no nos permite afirmar que eran leídos directamente, pues muchas de estas citas dan la impresión de haber sido tomadas de Macrobio, Isidoro y de las citas de los gramáticos. Siguiendo el ejemplo de los irlandeses, también Inglaterra atraviesa el canal y funda en el continente centros episcopales (Maguncia) y monásticos (Fulda y Hersfeld), famosos por sus *scriptoria*.

Renacimiento carolingio (siglos IX-X)

Como dice Séneca, la luz y la oscuridad se alternan. Y efectivamente, después de largos siglos de oscuridad, vuelve a vislumbrarse la luz para la tradición clásica. Ese nuevo amanecer tiene lugar en Europa, en el marco del imperio política, religiosa y culturalmente unificado de Carlomagno (768-814). La administración del vasto imperio hacía necesaria la presencia de funcionarios y religiosos instruidos. Los tormentosos siglos anteriores habían provocado el ocaso de la cultura. La decadencia se había enseñoreado tanto en los monasterios

como en las escuelas. La labor de los copistas en los *scriptoria* estaba frenada por la carencia de material.

Ante esta situación, Carlomagno invita a Alcuino de York para que se haga cargo de la escuela palatina. Anexo a la biblioteca se encontraba el *scriptorium*, donde comienza una intensa labor de copia de manuscritos antiguos para la biblioteca de palacio y para otros centros episcopales y monásticos que les hacen sus encargos.

A la muerte de Carlomagno, nos consta que la copia de manuscritos continuó al menos bajo Luis el Piadoso. Adscrito a este centro y de este período, conservamos el manuscrito de Bamberg, que contiene el segundo volumen de las *Epístolas morales a Lucilio*, de Séneca y la *Historia natural*, de Plinio.

A medida que iban llegando a los *scriptoria* los manuscritos antiguos en letra mayúscula, se hacían copias en minúscula carolina y éstas, a su vez, generaban nuevas copias, dando lugar al árbol genealógico a que la teoría stemmática de Lachmann y especialmente la formulación de Paul Maas ha reducido este proceso de la tradición manuscrita.¹¹

Aunque este período fue decisivo para la transmisión, no lo fue en cuanto a avances representativos en los estudios filológicos. Pocos ejemplos de estudio de textos nos han quedado de este momento, salvo el famoso Codex Oblongus de Lucrecio, corregido por un misterioso "corrector Saxonicus".¹²

A pesar del desmembramiento del imperio a la muerte de Carlomagno, el trabajo emprendido por éste y Alcuino continuó en las escuelas monásticas y catedralicias, donde alcanzó un nuevo florecimiento en el renacimiento del siglo XII.

Siglos XII-XIII

Las escuelas adscritas a las catedrales que comienzan a surgir en este período, van a dar paso a una nueva vida intelectual y académica. Muchos de estos centros acabarán convirtiéndose en las primeras universidades europeas.¹³ La tradición literaria clásica seguirá siendo la base de la educación, pero ahora surge también un interés profesional por el derecho, que resurge en Bolonia con nuevos bríos,

la retórica, la lógica y la medicina, lo que ocasiona que obras como la de Euclides, Ptolomeo, Aristóteles o Hipócrates salgan de nuevo a la luz. La literatura pagana en general, aletargada durante largos siglos en los monasterios, vuelve a ser patrimonio, ya en manos del clero secular, y objeto de interés del público en general. En el siglo XII conviven en armonía la poesía latina y la vernácula. Los poetas elegíacos y los satíricos alcanzan una gran aceptación, pero tienen que someterse a un proceso de adaptación: Virgilio fue alegorizado, Ovidio, moralizado y los satíricos acaban siendo objeto de tantas explicaciones y matizaciones, que finalmente pierden en muchos casos la idea original. El *ordo auctorum* se enriquece: Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano, Juvenal, Persio, Cicerón, Séneca y Salustio, vuelven a ser los grandes modelos. Otros, olvidados durante largo tiempo, fueron resucitados: Plauto, Marcial, Livio o Quintiliano. Dos grandes figuras destacan en este momento: el historiador William de Malmesbury, que intenta recoger la obra completa de Cicerón y emprende lo que podríamos llamar el primer intento de una edición de fragmentos del *Hortensius* y del *De republica*, y John de Salisbury, el gran estilista del momento. Al margen de éstos, la producción general de la época fueron los *Florilegia*, esas grandes colecciones de extractos de obras, de manejo más sencillo.

El siglo XII supone la consolidación de los avances alcanzados en el período carolingio. Los autores leídos en este momento son copiados una y otra vez, salvándose una vez más los textos, ya que sobreviven todos los descendientes de los manuscritos carolingios, que la mayor parte de las veces perecieron.

El siglo XIII, por su parte, estuvo presidido por la dialéctica y la lógica. Estas dos ciencias van a sistematizar los conocimientos acumulados a lo largo de muchos siglos. Así, en el campo de la gramática, los “autores” van a ser sustituidos por las “artes”.¹⁴ En cuanto a la literatura, la forma y el estilo dejan de despertar interés; sus contenidos se reducen a extractos y “exempla”. Surgen los grandes enciclopedistas de la Edad Media, como Vicente de Beauvais y Fournival. Este último escribe su *Biblionomia* a mediados del XIII. Es propiamente un catálogo de su propia biblioteca que había ido formando cuidadosamente, y en la que se encontraban algunos textos clásicos raros. Su ejemplar de Tibulo se le supone descendiente del

manuscrito que hubo en la biblioteca palatina de Carlomagno, pero que hoy está perdido. Sí sobreviven en cambio los de Propercio y el de las Tragedias de Séneca.

Una vez más los clásicos consiguen sobrevivir al escolasticismo y se adaptan a los nuevos gustos de la época; sin embargo, su desarrollo pleno lo alcanzarán con los humanistas del Renacimiento, quienes, basándose en la herencia medieval, a pesar de todas y no siempre justificadas críticas, supieron explotar de una forma trascendental el legado cultural que habían recibido.

Renacimiento

A finales del siglo XIII y comienzos del XIV, surge en algunas ciudades de Italia un movimiento cultural conocido como humanismo. En el siglo XVI ya había conseguido expandirse a toda Europa. Desde Alejandría, nunca había vuelto a producirse el discurrir parejo de la transmisión de los textos y los estudios de los mismos. La imprenta va a jugar un papel trascendental en la conservación definitiva de los textos, pero también en la pérdida de manuscritos. En cuanto a los estudios filológicos, es un momento de grandes logros que serán la base del futuro método de la crítica histórica y textual.

Un factor importante para el surgimiento del humanismo es el auge que adquiere el estudio del derecho. Los estudiantes recibían una intensa educación en gramática y retórica como preparación. Esto hacía que tuvieran un buen uso del latín, lo que les facilitaba también su acercamiento a los clásicos. Un segundo factor determinante es que esta educación latina se había secularizado, poco a poco consigue librarse del yugo de la religión y, sobre todo, hay una nueva sociedad urbana con los medios, el tiempo y el interés suficiente para cultivar sus aficiones clásicas.

Se puede hablar de varios momentos en el humanismo. Surge en un pequeño grupo literario de Padua (c. 1222) y Nápoles (c.1224), con Lovato y Mussato. La consolidación del movimiento se produce ya en el siglo XIV con Petrarca (1304-74) y Boccaccio (1313-75). Petrarca consigue unir las dos vertientes del humanismo, la literaria y la erudita. Con respecto a esta segunda faceta, sus recorridos por

las bibliotecas europeas le permite recopilar tres de las décadas de Livio, que a lo largo de la Edad Media habían circulado independientes entre sí. Hacia 1330 Petrarca poseía el Livio más completo y con mejor texto, que él mismo había corregido, anotado y, en cierto modo, editado. Además de Livio, también Cicerón es objeto de los desvelos de Petrarca. En su búsqueda recorre de nuevo las bibliotecas europeas hasta conseguir hacerse de las cartas de Cicerón a Atico y las de Séneca, que son el modelo de su obra en prosa. Gracias a una hoja volante en un manuscrito parisino, conocemos también los autores que contenía su gran biblioteca.¹⁵ Los clásicos ocupan el lugar preferente con Cicerón a la cabeza; siguen obras gramaticales, de dialéctica; un tercer grupo que forman las obras de Agustín, Boecio y Aristóteles (en latín). No aparece nada de autores medievales, a los que considera inútiles frente a los clásicos, siendo así el precursor de las posturas que después van a adoptar Valla, Erasmo o Nebrija.

A la muerte de Petrarca, Coluccio Salutati dirige el movimiento humanista. No es un gran literato ni destaca en el campo de la erudición, pero supone un eslabón importante en el desarrollo del humanismo.¹⁶ Se dedicó fundamentalmente a colacionar manuscritos y consiguió hacer algunas buenas contribuciones a la crítica textual.

Poggio Bracciolini (1380-1459) es el mayor descubridor de códices de todos los tiempos. Es asombrosa, si no increíble, su capacidad de descubrir textos que se creían perdidos. En sus constantes viajes por Europa como secretario papal, tuvo la oportunidad de visitar los monasterios más importantes, desde Cluny, donde descubrió y recuperó el *Vetus Cluniacensis* con discursos de Cicerón, hasta Saint Gall, donde recuperó un Quintiliano completo, parte de Lucrecio y Manilio; desde Fulda, de donde procede el manuscrito de Amiano Marcelino, hasta Colonia, donde encuentra la *Cena Trimalchionis*, y de la copia que Poggio hace, desciende la única fuente que tenemos para la *Cena* completa.

Hasta fines del siglo XV continúa lo que se ha llamado época de los descubrimientos. A partir de ese momento las apariciones son ya esporádicas, y sólo ya en tiempos más recientes nos ha llegado la contribución de los hallazgos papiráceos.

Como ya se indicó, el humanismo va a ser el segundo momento más importante, después de Alejandría, para los estudios filológicos, que ya continuarán sin interrupción hasta nuestros días. En este campo, Lorenzo Valla (1407-1457) y Angelo Poliziano (1454-1494) serán las figuras más importantes y con mayor trascendencia.

Lorenzo Valla, alumno brillante de Bruni, destaca tanto por su capacidad crítica como por su osadía, que no tenía límites. Así, en 1440 demostró, basándose en argumentos lingüísticos e históricos, que la "Donación" de Constantino era una falsificación. Con el mismo atrevimiento argumentó contra la supuesta correspondencia entre Pablo y Séneca, que se había extendido desde los tiempos de Jerónimo. No contento con esto, se atrevió incluso a corregir la *Vulgata*, cuyo trabajo fue muy valorado posteriormente por Erasmo.

Valla fue la máxima autoridad de su tiempo en la lengua latina. Sus *Elegantiae linguae latinae*, donde trata aspectos de gramática, estilo y usos latinos, influyó decididamente en los gramáticos posteriores en cuanto a los nuevos planteamientos de esta disciplina y su enfrentamiento a los aborrecidos manuales de los *moderni* medievales.

Poliziano, por su parte, es el gran crítico del momento. Consigue formular algunos de los principios de la crítica textual, como la "eliminatio codicum descriptorum", que no volverá a aparecer hasta la época de Lachmann. Así, afirma que el manuscrito de *Salutati* de las *Ad familiares* de Cicerón, es copia del manuscrito de Vercelli, **M**, y demuestra que el manuscrito **P** debe ser el padre de toda una familia de manuscritos posteriores en los que la secuencia de varias epístolas está alterada, de la misma manera que en **P**.

Otra aportación valiosa es su principio de que la corrección conjetural (*ope ingenii*) debe partir del estado más antiguo recuperable de la tradición manuscrita (*ope codicum*).

Además de su *Miscellanea*, colacionó y examinó numerosos manuscritos, colaciones que nos han llegado añadidas a sus ediciones y que suponen un importante testimonio de los textos, puesto que los manuscritos se perdieron en muchas ocasiones.¹⁷

El humanismo se había propagado con fuerza por toda Europa. En Francia, Budé fue el primer gran filólogo francés. Su aportación es importante en el campo de la erudición. Por su parte, Scalíger el

Viejo intenta crear una teoría poética aplicable a la literatura latina. Turnebus, más interesado en la crítica textual, edita el *De legibus* de Cicerón, destacando su talento para la conjetura. Sin embargo, los dos grandes editores franceses serán Justo Scalíger, con su gran edición de Manilio, y Casaubon, especialista también en textos difíciles y poco conocidos.

Por lo que respecta a los Países Bajos, la gran figura de este momento es Erasmo de Rotterdam (1469-1536). En 1506 comienzan sus numerosos viajes, a Italia en primer lugar, a fin de perfeccionar sus conocimientos de griego. De esta época son sus *Adagia*, colección de proverbios de la que se harán numerosas ediciones, y su *Enchiridion militis Christiani*, donde expone sus opiniones sobre la devoción y que consigue provocar el malestar en los círculos eclesiásticos. Después añade leña al fuego al revisar la obra de Valla, donde se trata el texto de la Biblia no como un texto sagrado, sino como un monumento literario y, por tanto, susceptible al análisis de las fuentes en que se basa. Una aportación importante de Erasmo en el campo de la filología griega es su opúsculo sobre la pronunciación del griego clásico, lo que provoca la aceptación generalizada de lo que conocemos como “pronunciación erasmiana”, aunque ya anteriormente Nebrija había señalado la diferencia entre la pronunciación del griego clásico y el moderno. Con todo, su mayor interés se centraba en su proyecto de editar el Nuevo Testamento, basándose en los textos originales y no en la Vulgata, plagada de corrupciones. Si bien pudo cotejar varios manuscritos, en general confió en textos tardíos y de poco valor, por lo que su valor crítico no es muy destacable, pero sí se consiguió consolidar, a pesar de una feroz resistencia, el principio de que los textos han de ser estudiados en su lengua original, y en el caso de los textos bíblicos, éstos deben discutirse e interpretarse de acuerdo con los mismos principios que los demás. También dedica su energía a la edición de autores clásicos: edita a Aristóteles y Demóstenes, en griego, y Livio, Suetonio y Séneca. La edición de este último resultó particularmente complicada, pero de notable calidad, pues tuvo la suerte de tener acceso al manuscrito de Lorch, arquetipo de toda la tradición manuscrita del *De beneficiis* y del *De clementia*.¹⁸

A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII continúan tanto la acumulación de material como los trabajos filológicos. Hay que mencionar los trabajos de Justo Lipsio y sus ediciones de Tácito y Séneca; de Gronovius, editor de los grandes prosistas de época imperial; Hensius se dedica fundamentalmente a la poesía latina. Sus trabajos de colación e identificación de manuscritos aún son útiles.

Sin embargo, la figura más destacada es Richard Bentley (1662-1742). Director del Trinity College de Cambridge, su influencia es decisiva en la historia de la crítica textual. Su trabajo inicial se centra en dos autores griegos de poca o ninguna importancia (Ioannis Malalas y Fálaris). Las epístolas de Fálaris hacía tiempo que habían sido atribuidas al famoso tirano, pero Bentley demostró que pertenecían a la segunda sofística. Su gran contribución a la edición de textos fue el oscuro y difícil poema astronómico de Manilio, editado en 1739. Otra gran aportación en el campo de la filología griega fue su formulación de la digamma, que explicaba las dificultades que en muchas ocasiones presentaba el hexámetro homérico.¹⁹ También tuvo la intención de editar el texto del Nuevo Testamento. Comenzó los trabajos de colación, pero no pudo concluir el proyecto. Será Lachmann quien, en 1831, haga la edición basándose en los manuscritos antiguos y en la Vulgata latina.

Como ya se ha ido mencionando a lo largo del trabajo, desde el Renacimiento, una vez asegurada la transmisión de los textos gracias a la imprenta, se van formulando una serie de principios básicos de crítica textual: Poliziano supo vislumbrar el método genealógico, y es el primero en formular el principio de eliminación de manuscritos derivados de un ejemplar más antiguo existente, aunque la formulación definitiva la debemos a Hensius.²⁰ Erasmo postula el concepto de arquetipo, aún de una manera ambigua, del que descienden todos los manuscritos sobrevivientes de un texto; Bengel, en 1830, acierta a ver que los testimonios del Nuevo Testamento pueden clasificarse sobre una base genealógica. Así, llegamos a la formulación de la teoría stemmática de recensión, asociada al nombre de Lachmann, pero cuya formulación definitiva de Paul Maas revolucionará la edición de textos clásicos. A continuación presentamos un resumen de los principios básicos de esta teoría, para lo cual nos remitimos a la obra de Paul Maas, *Textual criticism*, Oxford, 1958. También hay

que destacar las obras de Kenney, ya citado, y la de Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann*, Firenze, 1963.

1. Formulación del *stemma*

Fundamentales para esta fase son los errores que los escribas cometían durante el proceso de copia, ya que, a partir de estos errores, podemos establecer las relaciones entre los manuscritos. Los errores se clasifican en conjuntivos, aquellos que muestran que dos manuscritos están más próximamente relacionados entre sí frente a un tercero; y separativos, que ponen de manifiesto que dos manuscritos son independientes entre sí porque uno presenta varios errores, o por lo menos uno, que el otro no tiene. Lógicamente, estamos hablando de errores significativos, no de faltas o correcciones que los escribas podían hacer por separado. Después de haber examinado estos errores, se elaboran las interrelaciones de las distintas copias y grupos de manuscritos, hasta poder reconstruir idealmente el *stemma* (árbol genealógico) de toda la tradición manuscrita del texto en cuestión.

Los errores que los copistas cometían, la mayor parte de las veces involuntariamente debido a una distracción, se clasifican en varios grupos:

a) Debidos a algunas características del manuscrito antiguo, como falta de división entre palabras, semejanza de algunas letras en los distintos tipos de escritura, la mala lectura de una abreviatura, etcétera.

b) Un segundo grupo de errores fueron producidos por los cambios ortográficos o de pronunciación. Los ortográficos son muy frecuentes, pero no plantean serios problemas a la hora de fijar el texto; de hecho, no suelen recogerse en el aparato crítico. Un ejemplo de este tipo de errores nos lo proporciona la tradición manuscrita de Quintiliano en 6.3.93: *Panem et aquam bibo*. Los manuscritos dan invariablemente la lectura **bibo** en vez de **vivo**. Esto se debió al proceso de fricativización de la /b/, que terminó confundándose con la /v/.

c) Otro grupo lo forman las omisiones. Una forma frecuente de éstas es la que se denomina “saut du même au même”. Esto es, cuando aparece la misma palabra dos veces en un breve espacio, el copista copia hasta la primera aparición, pero al mirar el ejemplar para ver lo que tiene que copiar a continuación, es muy posible que sus ojos se fijen en la segunda aparición de la palabra, y así continuará copiando a partir de ésta, omitiendo, por tanto, las palabras intermedias entre la primera aparición y la segunda.

d) Por el contrario, otro grupo de errores lo forman las adiciones. El más frecuente es la dittografía, repetición de una o varias letras o sílabas. Son frecuentes también las adiciones de glosas. Estas se ponían en los márgenes de los manuscritos, y muchas veces terminaron siendo incorporadas al propio texto. Así como en el verso se suelen detectar con relativa facilidad debido a los condicionamientos métricos, en la prosa su detección suele ser muy difícil. Un ejemplo de dittografía lo encontramos en Séneca, epíst. 78, 14: *Quod acerbum fuit ferre, retulisse iucundum est*, en lugar de **tulisse**. La proximidad de **ferre** y **tulisse** provocaron el error.

e) Errores de transposición, tanto de letras como de versos copiados en orden equivocado. Lucrecio, *De rerum natura*, III, 170: *Si minus offendit vitam vis horrida leti, por teli*.

f) Otros errores son provocados por el contexto. Así, la flexión de una palabra puede ser alterada por la de otra palabra cercana. Los copistas podían ser influidos por palabras o incluso frases, que iban a copiar después. Séneca, epíst. 114, 9: *Ubi luxuriam late felicitas fudit, luxus...*, por **cultus**.

Hay otros errores que proceden de la corrección consciente que ejercieron los copistas en los pasajes corruptos o de difícil lectura. Otros se deben a intentos expurgatorios, frecuentes en los textos de los satíricos romanos debido a los altos grados de obscenidad y que, incompatibles con la moral cristiana, han sido sustituidos con palabras más inocuas.

Todos estos errores son de gran importancia para el filólogo. Pero el primer requisito que tendrá presente a la hora de hacer una corrección será basarse en el juicio razonado, después se tendrán en cuenta otras consideraciones. Si una vez que, basándose en el sentido, el editor decide restaurar un pasaje corrupto, deberá tener en

cuenta todas las posibilidades de acuerdo con los tipos de errores antes citados. Si de plano observa que la corrupción es tan grave que los principios anteriores no pueden asegurar un cierto grado de seguridad, es preferible mantener el texto corrupto entre “cruces” e indicar en el aparato crítico las posibles conjeturas.

2. Limitaciones que presenta la teoría

Aunque a simple vista el método pueda parecer sencillo, en la práctica su aplicación presenta limitaciones. La teoría parte de la base de que las lecturas y los errores se transmiten de manera vertical, es decir, de un manuscrito a las copias que se generan directamente de él. Sin embargo, en la práctica muchos manuscritos no pueden asignarse a familias que contienen los mismos grupos de errores, pues ha habido una transmisión horizontal, esto es, a veces los copistas comparaban varias copias, introduciendo en sus propias copias lecturas o variantes que hallaban en los manuscritos que consultaban para los pasajes corruptos o difíciles de comprender. Se dan casos en que la tradición manuscrita de una obra se encuentra contaminada desde los manuscritos más antiguos conservados, y ello implica una grave dificultad a la hora de trazar el stemma.

Otra limitante estriba en la idea de que todos los manuscritos supervivientes derivan de un solo arquetipo. En muchos casos se observa que esto no es así porque la tradición era abierta, esto es, habría otra fuente. Esta fuente puede estar en uno o varios manuscritos que representen una rama diferente de la tradición que dejó de ser copiada, pero que sí fue consultada por los copistas para algunas lecturas. Así pues, estas lecturas terminaron siendo variantes dentro de la tradición principal, bien incorporadas a su arquetipo o introducidas en una fase posterior.

Otro factor muy importante a tener en cuenta es la valoración de los manuscritos. La noción de *codex optimus* en principio fue la forma común de apreciar las distintas variantes. Esta práctica ha sido abandonada porque no contempla el método stemmático. Es claro que no se puede apreciar el *codex optimus* de un autor hasta no haber examinado todas las lecturas de los manuscritos significativos²¹ en

los pasajes en que difieren (recensión). Por ello, el mejor manuscrito es el que presenta el mayor número de lecturas correctas.

Otra tendencia generalizada era el otorgar autoridad al manuscrito más antiguo con base sólo en su edad; en efecto, su antigüedad hacía pensar que su valor estaba asegurado por su cercanía con el original; y a su vez, manuscritos tardíos se consideraban poco confiables por el hecho de ser más recientes; es decir, que al estar separados por múltiples copias intermedias, cada una, según se supone, más corrupta, no podrían ofrecer garantías. La práctica ha demostrado que, en efecto, a veces el manuscrito más antiguo presenta las mejores lecturas, pero en otras ocasiones son los más recientes los que ofrecen mayor utilidad y son menos corruptos. Con base en esta situación, se formula el principio "recentiores, non deteriores", que, si se aplica correctamente, puede ser de gran utilidad. Un ejemplo de esa tendencia equivocada de otorgar mayor autoridad al manuscrito más antiguo, podemos verla en la valoración que hace Beltrami del Oxoniense (s. X) frente al Vaticanus latinus 366 (s. XII). Igual sucede con el Quiriniano (s. IX-X) frente a los renacentistas T y U (s. XIV-XV). Concluyendo, la validez de un manuscrito no la determina su edad, el editor lo que debe indagar es de dónde provienen las buenas lecturas que encuentra en los manuscritos.

Otra fuente de ayuda o de dolor de cabeza para el editor es la tradición indirecta, esto es, las citas de un autor que aparecen en la obra de otro. Las citas de los gramáticos suelen ofrecer un alto grado de confiabilidad, puesto que se incluyen como ejemplos que ilustran un uso o una regla, y por lo tanto se cita fielmente. Otro caso muy distinto es cuando estas citas aparecen en misceláneas, florilegios, compendios, etcétera, pues la práctica normal era citar de memoria, con las consecuencias que ello supone.

Hay también otra serie de principios básicos que se han ido generando a lo largo de la historia de la filología y que el crítico ha de tener en cuenta a la hora de enfrentarse ante dos lecturas igualmente probables en cuanto al sentido y el uso lingüístico del autor, como el "difficilior lectio potior", establecido por Clericus. Si una de las lecturas que presentan los manuscritos es más difícil de entender, es altamente probable que sea la correcta, puesto que los copistas tendían a cambiar en el texto las formas lingüísticas raras o arcaicas

que ya no se entendían. Bentley también formuló otro criterio importante: “Nobis et ratio et res ipsa centum codicibus potiores sunt”, es decir, lo más importante a la hora de hacer una valoración es el juicio razonado del editor, preferible al testimonio que puedan dar los manuscritos.

Básicamente, sin desear ser exhaustivos, estos son algunos de los principios y criterios con los que cuentan los filólogos modernos a la hora de seguir los hilos de la transmisión manuscrita, a fin de poder restaurar las obras de los antiguos, intentando acercarse lo más cerca posible a lo que fue el original.

Epístola XII de Séneca

Séneca saluda a su amigo Lucilio

A donde quiera que me vuelva veo las pruebas de mi vejez. Había venido a mi quinta y me quejaba de los gastos del edificio que se caía a pedazos. Me dijo el granjero que no se debía a su negligencia, que él hacía todo lo posible, pero que la casa era vieja. Esta granja creció en mis manos. ¿Qué me sucederá a mí, si están tan desgastadas las piedras de mis años? Furioso con aquél, no pierdo ocasión de molestarlo. “Está claro —le digo— que has descuidado estos plátanos; no tienen hojas. ¡Qué nudosas y reseca están sus ramas, qué tristes y delgados sus troncos! Esto no pasaría si alguien los hubiera cavado alrededor, si los hubiera regado”. Jura por mi genio²² que hacía todo eso, que no se descuidaba en nada, pero que ya eran añosos. Que quede esto entre nosotros, yo los había plantado, yo había visto sus primeras hojas. Al dar vuelta hacia la puerta digo: “¿Y éste, decrepito ya y con razón apoyado en la puerta, quién es? Sin duda mira hacia afuera. ¿De dónde lo sacaste? ¿Por qué te agradó acoger un muerto ajeno?” Pero entonces dice él: “¿No me reconoces? Soy Felición, a quien solías regalar figurillas,²³ soy el hijo del granjero Filósito, el que hacía tus delicias”. “Éste está loco de remate” —digo— “¿el que hacía mis delicias se ha convertido en niño otra vez? Sin duda puede serlo, puesto que se le están cayendo los dientes”.

Esto es lo que le debo a mi finca, que mi vejez se me apareciera a donde quiera que mirase. Abracémosla y amémosla; llena está de placer si la sabes usar. Las frutas son más sabrosas cuando están cercanas a su fin; el mayor encanto de la niñez está en su terminación; a los amantes del vino les deleita el último trago, aquel que los hunde, el que da el toque final a la embriaguez. Lo más agradable que en sí tiene todo placer lo reserva hasta su final. Muy grata resulta la edad que ya declina pero que aún no se precipita, y pienso que también aquella que está en su última teja tiene sus gozos; o que el hecho mismo de no necesitarlos reemplace a los propios placeres. ¡Qué dulce resulta que los anhelos nos hayan fatigado y hayamos podido dejarlos! “Es desagradable —dices— tener la muerte ante los ojos”. Por una parte, tanto el viejo como el niño deben tenerla presente, puesto que no somos llamados de acuerdo al censo. Por otra, nadie es tan viejo que no espere sin rubor un día más. Un solo día es un peldaño de la vida; toda edad consta de partes y hay círculos mayores que encierran otros más pequeños. Hay uno que los abarca y ciñe a todos; éste se extiende desde el nacimiento hasta la muerte. Existe otro que incluye los años de la adolescencia; otro más que encierra en su ámbito toda la niñez; después el año, que en sí contiene todas las estaciones, por cuya multiplicación se establece la vida. El mes está ceñido por un círculo más estrecho; el día tiene una vuelta mucho más reducida aún, pero también éste va de comienzo a fin, del orto al ocaso. Por ello Heráclito, a quien la oscuridad de su lenguaje le valió el apodo, dijo: “Un solo día es igual a todos”. Cada quien interpreta esto de distinta manera. En efecto,²⁴ uno afirma que dijo que era igual en el número de horas; y no miente, pues si un día es el espacio de tiempo de veinticuatro horas, es preciso que todos los días sean iguales entre sí, ya que la noche se queda con lo que pierde el día. Otro asegura que dijo que un día era igual a todos los demás en uniformidad. Ciertamente, nada hay en un espacio de tiempo muy prolongado que no lo encuentres también en un solo día: luz y oscuridad, y eternamente hace estas alternancias, no otras, siendo unas veces más corto y otras más largo.

Por consiguiente, cada día debe ser organizado como si cerrara la marcha y consumiera y completara la vida. Pacuvio, que en beneficio propio hizo suya la Siria, después que había celebrado sus

funerales con vino y comidas rituales, se hacía conducir a sus aposentos, de modo que, en medio de los aplausos de los convidados, al son de la música se cantaba esto: ¡Ha vivido! ¡Ha vivido! Ningún día dejó de hacerlo. Esto que él hacía de mala fe, hagámoslo nosotros de buena y digamos: “He vivido y he completado el curso que la fortuna me había asignado”.

Si un dios añadiera el día de mañana, recibámoslo con alegría. Es mucho más feliz y seguro poseedor de sí mismo aquel que espera el día de mañana sin zozobra. Todo aquel que dice “he vivido”, se levanta cada día con ganancia.

Pero debo concluir ya esta carta. “¿De modo —dices— que me llegará sin ningún regalillo?” No temas, algo lleva consigo. ¿Cómo dije algo? Mucho. Pues, ¿qué más excelente que esta máxima?: “Malo es vivir en la necesidad; sin embargo no hay necesidad de vivir en ella”. ¿Por qué había de haberla? Por todas partes existen caminos abiertos hacia la libertad, muchos, rápidos y fáciles. Démos gracias a los dioses de que nadie puede ser obligado a vivir. Se pueden pisotear las mismas necesidades. “Lo dijo Epicuro —dices—. ¿Qué tienes tú que ver con un extraño?”.²⁵ Lo que es cierto, mío es. Seguiré mostrándote a Epicuro, a fin de que éstos que juran de palabra y no valoran lo que se dice, sino por quien se dice, sepan que las mejores máximas son propiedad de todos. Que estés bien.

Seneca Lucilio suo salutem

Quocumque me verti, argumenta senectutis meae video. Veneram in
 suburbanum meum et querebar de inpensis aedificii dilabentis. Ait
 5 vilicus mihi non esse negligentiae suae vitium, omnia se facere, sed
 villam esse veterem. Haec villa inter manus meas crevit: quid mihi
 futurum est, si tam putria sunt aetatis meae saxa? Iratus illi proxi-
 mam occasionem stomachandi arripio. “Apparet, inquam, has plata- 2
 10 nos neglegi: nullas habent frondes. Quam nodosi sunt et retorridi
 rami, quam tristes et squalidi trunci! Hoc non accideret, si quis has
 circumfoderet, si inrigaret.” Iurat per genium meum se omnia facere,
 in nulla re cessare curam suam, sed illas vetulas esse. Quod intra nos
 15 sit, ego illas posueram, ego illarum primum videram folium. Conver-

sus ad ianuam “quis est iste? inquam, iste decrepitus et merito ad ostium admotus? foras enim spectat. Unde istunc nactus es? quid te delectavit alienum mortuum tollere?” At ille “non cognoscis me? 20 inquit: ego sum Felicio, cui solebas sigillaria afferre: ego sum Philositi vilici filius, deliciolum tuum.” “Perfecte, inquam, iste delirat: pupulus etiam delictum meum factus est? Prorsus potest fieri: dentes illi cum maxime cadunt.”

Debeo hoc suburbano meo, quod mihi senectus mea, quocum- 4 que adverteram, apparuit. Conplectamur illam et amemus: plena est 5 voluptatis, si illa scias uti. Gratissima sunt poma, cum fugiunt; pueritiae maximus in exitu decor est; deditos vino potio extrema delectat, illa quae mergit, quae ebrietati summam manum imponit. Quod in se 5 iucundissimum omnis voluptas habet, in finem sui differt. Iucundis- 10 sima est aetas devexa iam, non tamen praeceps, et illam quoque in extrema tegula stantem iudico habere suas voluptates; aut hoc ipsum succedit in locum voluptatum, nullis egere. Quam dulce est cupiditates fatigasse ac reliquisse! “Molestum est, inquis, mortem ante 6 oculos habere.” Primum ista tam seni ante oculos debet esse quam 15 iuveni: non enim citamur ex censu. Deinde nemo tam senex est, ut improbe unum diem speret. Unus autem dies gradus vitae est: tota aetas partibus constat et orbis habet circumductos maiores minori- 20 bus. Est aliquis, qui omnes conplectatur et cingat; hic pertinet a

2 uerti Q pr. cum rell. vett. et plerisque ζ , uerto Q² • 4 delabentis Q et fort. pr., dilabentis vulg. rectius • 6 esse ueterè Q (super addito transpositionis signo), ueterem esse ceteri codd. et edd.: illud praefendum, quo et chiasmus efficitur et vitatur trimeter dactylicus catal. sed villam veterem esse • 7 iam putria Muretus Lebègue • 8 arripui b aliquot ζ • 10 nodosesunt (ex nodossunt Q ead. m.) Q Guelferbyt. (Gud 335) • 16 est iste inquam iste decrepitus Q L recepit Hense², est inquam iste d. p P vulg., illud efficacius • 18 istunc (his tunc Q, h punct.) nactus Q p, istic natus P, iste natus b pr. et ex corr. L • 20 singillaria (n punct. Q) Q L • 21 uillicis Q p L b, uilici P: cf. paulo ante uillicus et epp. 89,20; 123,20 dial. III 21,2.

1 populus Q L P b • 4 auerteram Q L P b • 5 plena (om. est) Q L P b: an plena? • 8 Illaq; emergit ex Illaquaemergit, ut videtur, Q¹, illa quae mergit p P b, illaq. mergit pr. L • 9 hominis Q L, homins P b, omnis p vett. edd. a Lips.² ad Schweigh. Haase Hense • 11 deuexa ex diuexa Q¹ L² • 12 tegula] Q p L g P b M Hense² commendat Lebègue spectans praeced. deuexa — praeceps «quasi lapsui vivinam» Lipsius, regula vulg. (scil. in extrema stadii linea), «fuitne in extrema specula (quasi mortem prospiciens)?» Madvig. Adv. II p. 464 • 14 cupiditatis pr. Q L⁶ • 17 citamur ex citatur ead. m. Q | excensum Q, excessum ex corr. L., ex cessu P, ex censu p b (excensu, n punct. b) • 19 uitaeest ex uitaest ead. m. Q.

natali ad diem extremum. Est alter, qui annos adolescentiae excludit: est qui totam pueritiam ambitu suo adstringit; est deinde per se annus in se omnia continens tempora, quorum multiplicatione vita
 5 componitur. Mensis artiore praecingitur circulo: angustissimum habet dies gyrum, sed et hic ab initio ad exitum venit, ab ortu ad occasum. Ideo Heraclitus, cui cognomen fecit orationis obscuritas,
 7 “unus, inquit, dies par omni est.” Hoc alius aliter excepit. Dixit enim
 10 alius parem esse horis, nec mentitur: nam si dies est tempus XX et IIIor horarum, necesse est omnes inter se dies pares esse, quia nox habet, quod dies perdidit. Alius ait parem esse unum diem omnibus similitudine: nihil enim habet longissimi temporis spatium, quod non
 15 et in uno die invenias, lucem et noctem, et in alternas mundi vices plura facit ista, non alia, nox alias contractior, alias productior. Itaque sic ordinandus est dies omnis, tamquam cogat agmen et consummet atque expleat viam. Pacuvius, qui Syriam usu suam fecit,
 8 cum vino et illis funebribus epulis sibi parentaverat, sic in cubiculum
 5 ferebatur a cena, ut inter plausus exoletorum hoc ad symphoniam caneretur: βεβίωται, βεβίωται. Nullo non se die extulit. Hoc, quod
 9 ille ex mala conscientia faciebat, nos ex bona faciamus et in somnum ituri laeti hilaresque dicamus:

1 *excludit*] sic codd., scil. a ceteris aetatis orbibus: *includit* Schweghaeuser P. Thomas R. Aubé, *cludit* C. Brakman Hense² qui tamen non omnino abicit *excludit* aut *includit*: an *secludit*? • *cognomen scotinon* cod. Harlei. 2659 teste Rossbachio, vett. edd. a Ven. 1492 ad Schweigh. | *unus dies, inquit* Haase • 8 *omnibus* ci. Summers | *excepit*] sic Q cum plerisque codd., *accepit* ζ: illud et Senecae usu (cf. ep. 82,2) et clausula commendari monet Ein. Löfstedt, Erani vol. XIV p. 145 s., verbum autem *excipere* hoc, sensu adhibitum etiam apud Livium, Tacitum, Suetonium cet. invenias • 9 *alius* suppl. Guil. Gemoll • 10 XX & IIII or Q, *viginti & IIII or L* • 15 *ista non alias* Q permulti alii, *ista non alia nonnulli* ζ: *ista non alia, alias* Gronovius, *ista, non alia, licet dies sit* (vel *cum nox sit*) *alias* Buecheler, *paria* (pro *plura*) *facit ista nox alias* dubitanter Hense, *plura facit ista, non alia* (scil. longissimi temporis spatium) G. Hess (Curae Annaenae, 1887, p. 6) qui expungit *alias contractior alias productior* tamquam librarii additamentum, *plura facit ista, non alia, contractior dies vel productior* C. Landi ex π (op. c. p. II s.); *alia* aut *alias* in codd. excidisse videtur una cum enuntiati subiecto *nox* (quod Muretus pro *non* reposuit legens *plura facit ista nox alias*) propter locutionum continenter subsequentium *non alia* et *nox alias* similitudinem.

9 VERG. Aen. IV 653 | 18 ss. EPIC. fr. 487 Us.: EPIK. spruchs. 9 W. • 2 *Pacubius* Q p L P • 3 *usu suam*] *usura suam* R. Volkman • 4 *parentauerit* Q L P b, *parentauerat* g p¹ • 6 *bebiote bebiote* Q L et similiter p P b • 14 *includere*] «*claudere* ep. 17,II» adn. Hense • 17 *illi* om. Q. | *malum*] *multum* p et pr. Q • 21 *in vita*] *inuitus* π alii ζ unde *in vita inuitus* C. Landi op. c. p. 12.

vixi et quem dederat cursum fortuna, peregi.

10 Crastinum si adiecerit deus, laeti recipiamus. Ille beatissimus est et securus sui possessor, qui crastinum sine sollicitudine exspectat. Quisquis dixit “vixi”, cotidie ad lucrum surgit.

Sed iam debeo epistolam includere. “Sic, inquis, sine ullo ad me 10 peculio veniet?” Noli timere: aliquid secum fert. Quare aliquid dixi? multum. Quid enim hac voce praeclarius, quam illi trado ad te perfe- 15 rendam? “Malum est in necessitate vivere: sed in necessitate vivere necessitas nulla est.” Quidni nulla sit? patent undique ad libertatem 20 viae multae breves, faciles. Agamus deo gratias, quod nemo in vita teneri potest: calcare ipsas necessitates licet. “Epicurus, inquis, dixit: 11 quid tibi cum alieno?” Quod verum est, meum est: perseverabo. Epicurum tibi ingerere, ut isti, qui in verba iurant, nec quid dicatur aestimant, sed a quo, sciant, quae optima sunt, esse communia.

5 VALE.

EXPLICIT LIBER PRIMVS.

1 *inquit* Q L, *inquit* P, *inquis* p b • 2 *mecum* Q p L P b complures c, *meum* vulg. | *iungere* Q p L P b, *ingere* suprascr. L² • 3 *iurant* P b, *iurarant* Q p L: an *iurarunt*? | *ne* Q p L P b, *nec* c | *aestimant* Q pr. (*aestiment* corr. ead. m.), *aestiment* p P b: an *quaecumque* ut habent nonnulli codd. Rom. teste Fickerto? • 6 s. EXPLICIT LIBER PRIMVS INCIPIT LIBER II (SECVNDVS L) Q L (litt. rubr. L), om. p P b.

Epístola XII de Séneca

Muy pocos son los manuscritos de textos clásicos que se remontan más allá del siglo VIII o IX. Es precisamente el renacimiento carolingio del siglo IX el gran conservador de estos textos, etapa ciertamente decisiva en la transmisión del legado de la cultura latina. A esta época se adscribe el manuscrito de Bamberg, fundamental en la transmisión del segundo volumen de las Epístolas de Séneca.

Séneca es, sin duda alguna, uno de los autores que más problemas plantea, especialmente en relación con su obra en prosa, debido

a la pobre y azarosa transmisión de sus textos. Es fácil suponer que sus textos en prosa, más que sus tragedias, estaban expuestos al peligro de corrupciones e interpolaciones.

De entre las obras filosóficas que de este autor nos han llegado, destacan por su estilo y elegancia los 20 libros de las *Epístolas morales a Lucilio*, compuestas por Séneca después de su retiro de la corte de Nerón. A lo largo del tiempo, estas epístolas han gozado de gran éxito. William de Malmesbury (siglo XII) ya cita el corpus completo de las epístolas, y también ocupan un sobresaliente lugar entre las lecturas favoritas de Petrarca.

A continuación, vamos a exponer la tradición manuscrita de ese primer volumen en que se incluye la epístola XII, para pasar después a confrontar las tres ediciones propuestas: la edición de Reynolds, Oxford, 1965; la de G. Scarpat, Brescia, 1975, y la más antigua de las tres, la editada por A. Beltrami, Roma, 1937.

Hubiéramos deseado presentar el texto de la edición de Reynolds, puesto que es la que más se atiene a las directrices de la crítica textual actual; sin embargo, ante la imposibilidad de conseguir esta edición, presentamos como guía el texto de la edición de Beltrami.

Tradicón manuscrita de las Epístolas

Parece ser que, en un principio, el corpus de las Epístolas de Séneca estuvo dividido en tres volúmenes: I (1-52), II(53-88) y III(89-124), de los que sólo nos han llegado dos. El primero contiene los XIII primeros libros de epístolas (1-88) y el segundo, los VII restantes (89-124). Esta tradición manuscrita se remonta al primer tercio del siglo IX. Pero estos dos volúmenes de las epístolas, al igual que en el caso de Gelio, circularon independientemente y con distinta fortuna, siendo más común la copia del primero (1-88) que la del segundo (88-124). Es hasta después del siglo XII que las dos partes del corpus vuelven a aparecer unidas.

La transmisión del primer volumen, en el que nos centraremos, puesto que en él se incluye la Epístola XII, es muy compleja. El texto de estas epístolas se basa en distintos manuscritos, pero todos ellos

derivan de un mismo arquetipo, puesto que todos contienen lagunas y errores comunes.²⁶

El Parisinus lat. 8540 (**p**), difiere en alguna medida de los demás, siendo el único de su familia que sobrevive. Fue escrito en el siglo IX y corregido por un copista casi en la misma época. Contiene las epístolas 1-79, perdió algunos folios y otros han sido intercalados con pasajes de la carta 121 y la 122 completa, pero estas partes añadidas son de comienzos del siglo X. Este códice (**p**), si bien no está completo, es fundamental para el establecimiento del texto del primer volumen, pues, además de su antigüedad, tiene muchas menos interpolaciones que otros y es el único representante de su grupo. Beltrami, sin embargo, considera que se le ha dado excesiva importancia y lo pospone al Quiriniano, mucho más corrupto.

Los demás códices se agrupan en dos familias notadas con las letras alfa (α), fuente de los códices **LQg**, y gamma (γ), fuente de los códices **OvMVPb**.

Fue Foerster quien primero descubrió y describió las relaciones y afinidades entre los manuscritos **pLQVPb** para el primer volumen de las epístolas. No tuvo conocimiento del **g**, aunque ello no le supuso mayores dificultades. Frente al stemma que propone Foerster, más apropiado para las epístolas 53-88, Reynolds propone otro semejante para las epístolas 1-52, tomando en cuenta los manuscritos **OvM**. Beltrami no tiene en cuenta el códice **v**, Vaticanus latinus 366, al que Reynolds considera esencial para corregir los errores del Oxoniense, más antiguo pero también más corrupto.

A continuación se enumeran brevemente los manuscritos de la fuente alfa (α), a la que Bischoff supone de origen germano:

L, Laurent. 76.40. Data del siglo IX en la edición de Reynolds; Beltrami lo sitúa en el siglo X. Epístolas 1-65. Parece haber sido copiado de su propia fuente. Se le supone de una zona del oeste alemán cercano a Francia, donde aparece en época temprana.

Q, Brixien. Quirin. B. II.6. De fines del siglo IX y comienzos del siglo X. Epístolas 1-120. Le faltan algunas partes y otras han sido cambiadas de lugar. Beltrami lo descubrió y lo dio a conocer en 1913. Este editor le dio una importancia excesiva debido a su antigüedad, pero lo cierto es que el **Q** tiene lecturas más corruptas que otros manuscritos más recientes (**TU**, s. XIV y XV), que derivan de él, y de

los que Reynolds se sirve para recuperar el texto de los folios que **Q** había perdido. En este caso, Beltrami no tiene en cuenta el principio “recentiores, non deteriores”.

g, Guelferbytanus Gudian. 335. Este es del siglo XI. Contiene una selección del primer volumen, pero su orden está alterado. De los tres es el menos importante, de ahí el que carezca de importancia que Bischoff no lo conociera.

En cuanto a los códices de la fuente gamma (γ), también se les supone procedentes de zona alemana y llevados al noroeste de Francia. Estos se dividen, a su vez, en dos ramas:

- delta (δ) para **Pb**.
- beta (β), propuesta por Reynolds para **OvM**.

Con respecto a **V**, ocupa el mismo lugar que beta (β) en los códices que han transmitido juntas las epístolas (1-88).

O, Oxon. Bibl. Bodl. can. Cass. lat. 297 y Leid. Voss. F.70.I. Contiene partes de un único códice copiado alrededor del X. Combina epístolas del corpus 1-52 y 53-88. Está muy alterado y lleno de lagunas. Fue copiado posiblemente en Auxerre, aunque el texto se supone procedente de Alsacia.

v, Vatic. lat. 366, siglo XII. contiene el texto de la 1-52. Presenta un estrecho parentesco con **O**. Reynolds lo utiliza para enmendar los errores y lagunas de éste. No es posible asegurar si **v** es gemelo de **OM** o éstos son copias de él.

M, Metens. 300, de fines del XI y comienzos del XII. Contiene las epístolas 1-52 y 53-88, pero son de distinta mano. La segunda mano parece ser francesa y llevó a cabo la corrección de 1-52 y añadió el texto de la 53-88.

V, Venet. Marc. 270. siglo IX. Contiene de 53-88. Es posiblemente la fuente de **OM**.

En delta (δ) están **Pb**:

P, París. B.N. lat. 8658 A, siglo IX, Beltrami lo asigna al siglo X. Contiene de la 1-88, pero faltan folios con partes de la 87 y 88.

b, París. B.N. lat. 8539. De fines del X y comienzos del XI. Contiene de la 1-88, pero esta última está incompleta.

Estos son los códices que Reynolds utiliza para la edición del primer volumen de epístolas. De acuerdo con la incorrupción, fiabi-

lidad y antigüedad de los manuscritos, les asigna un orden de importancia, siendo para las epístolas 1-52 el siguiente:

1º: parisinus lat. 8540(p); 2º: alfa (LQg); 3º: gamma (OvMPB).

En cuanto al códice Q, al que tanta importancia había concedido Beltrami, Reynolds reconoce su valor a la hora de delimitar el comienzo de algunos libros que no había sido señalado en otros códices; pero da preferencia al método stemmático sobre el testimonio de cualquier testigo a la hora de atribuir mayor o menor autoridad a un manuscrito o un grupo de manuscritos.

Beltrami no utiliza el códice v (s. XII), que tanto servicio prestó a Reynolds, y sí un códice de difícil utilización como el Arg.b. del siglo X. Es claro que Beltrami no comparte la opinión de que un manuscrito no por ser más reciente tiene necesariamente que ser peor que otro más antiguo.

Confrontación de las tres ediciones

Scarpata presenta una edición anotada y con traducción. En el prefacio presenta el tema tratado por el autor en esta epístola XII a la luz de la doctrina estoica. El tema de la vejez era un tema ya tópico en la literatura clásica, tratado anteriormente "in extenso" tanto por autores griegos, Anacreonte y en general toda la lírica monódica, como por otros más cercanos a la época del autor, como es el caso de Cicerón en *De senectute*.

En cuanto a las ediciones que presentan Reynolds y Beltrami, ambos exponen en los prolegómenos la tradición manuscrita de esta obra de Séneca y las dotan de sus correspondientes aparatos críticos.

En general, el texto que presenta Scarpata coincide con el de Reynolds en cuanto a los aspectos ortográficos y de puntuación, apartándose de ellos Beltrami, que presenta asimilaciones consonánticas. Así, podemos observar las siguientes variantes ortográficas:

Reynolds y Scarpata	Beltrami
nactus	nactus
adferre	afferre
inponit	imponit

inprobe	improbe
viginti	XX
quattuor	IIIor.

Por lo que respecta al pasaje más problemático de la carta, los tres editores presentan, en algunos casos, lecturas diferentes entre sí. Para la numeración de este pasaje que plantea problemas, hemos tomado como referencia la edición de Beltrami, cuyo texto incluimos.

12,1,5-6: ...sed villam esse veterem.

Reynolds y Scarpat mantienen esta lectura invertida. Beltrami sigue la lectura del manuscrito Q, que invierte el orden del sintagma.

12,4.5: plena est voluptatis,...

En los códices (pLQ y OvMPb) el verbo está omitido. Reynolds y Scarpat lo conjeturan, mientras Beltrami toma como testigos los manuscritos L y P. Sin duda, la conjetura parece correcta, pero la mayor parte de los manuscritos más antiguos y mejores la omiten.

12,6.1: est alter qui annos adulescentiae *excludit*.

Esta es la lectura que dan los códices y la que admiten Reynolds y Beltrami siguiendo a Summers. Scarpat, siguiendo la sugerencia de Brakman, supone la preposición *ex* producto de una interpolación por error auditivo del copista. Otros autores dan la lectura *includit*, que armonizaría mejor con el sentido de los verbos siguientes.

12,7.9: Dixit enim *alius* parem esse horis.

Cada editor sigue diferentes alternativas. Reynolds opta por mantener la laguna. Beltrami sigue a Gemoll, que suple la laguna con *alius*, en correspondencia con el segundo *alius* que sigue después (*alius...alius*). Scarpat mantiene el *<alius>* como conjetura. Otros, como Anderson, sugieren *unus* para el primer término. En este caso nos parece más acertada la propuesta de Scarpat, esto es, el mantenimiento de la conjetura, ya que la responsión de los dos miembros es la forma más común.

12,7.16: ... vices *plura facit ista, non alia, nox alias...*

Este es el pasaje más oscuro y controvertido de toda la epístola XII. Los códices dan la lectura: *plura facit ista non alia, nox alias contractior, alias productior...*

Con respecto a *plura*, Beltrami y Reynolds siguen la lectura de los códices. Scarpát, por su parte, elige la forma *paria* siguiendo la propuesta de Hense.

En cuanto a *ista*, Scarpát piensa que sería la interpolación de una glosa marginal que acabó introduciéndose en el texto y cambia, de acuerdo con Hense, *non* por *nox*.

Reynolds mantiene la negación y acepta como conjetura la forma *alia*, propuesta antes por Gronovio. Beltrami por su parte la reconstruye sin más.

El pasaje es ciertamente oscuro y, en nuestra opinión, ninguna de las tres posturas nos dan una seguridad plena. Es difícil y en muy raras ocasiones sucede que las conjeturas sean verdaderamente acertadas. Por el contexto, la lectura de Scarpát parecería tener bastante sentido, pero se opone al testimonio que ofrece la tradición manuscrita. Actualmente, la tendencia general de la crítica textual en estos casos se basa en el mantenimiento riguroso del texto, y en este caso, Reynolds sigue esta posición manteniendo la laguna.

Para concluir, diremos que la edición de Beltrami, sin duda válida en su momento, no responde a los criterios que actualmente se tienen en cuenta a la hora de hacer la edición crítica de un texto. Como ya se ha dicho antes, un manuscrito no es más confiable por ser más antiguo.

La edición anotada de Scarpát es, con mucho, mejor que la anterior, aunque es Reynolds quien ofrece una postura más crítica respecto a las diferentes lecturas, proporcionando un aparato crítico positivo con los diferentes testimonios que dan los manuscritos y las conjeturas de otros editores.

Notas

1. R. Pfeiffer, *Historia de la filología*. vol. I. Ed. Gredos, Madrid, 1981.
2. Un volumen equivale a un rollo de papiro.
3. L. D. Reynolds, *Copistas y filólogos*, Ed. Gredos, Madrid, 1986, p.24. Cf. R. Pfeiffer, *Historia...*
4. Cf. L.D. Reynolds, *Copistas...*, p.26.
5. "Homero se entiende a partir de Homero."

6. Según Suetonio, *De grammaticis*, 45, se rompió una pierna en una alcantarilla, lo que le obligó a permanecer en Roma y allí comenzó a dar clases de poética.
7. Es el primer gramático que reunió en un corpus coherente las observaciones empíricas que se habían ido reuniendo sobre la literatura y lengua griegas.
8. Ludwig Bieler, *Historia de la literatura latina*, Ed. Gredos, Madrid, 1980.
9. J. Burckhardt, *Del paganismo al cristianismo*. FCE, México, 1982, pp. 331 ss.
10. L. D. Reynolds, *Copistas...*, p. 113.
11. L. D. Reynolds, *Copistas...*, pp. 126-127. Cf. Silvia Rizzo, *Il lessico filologico degli umanisti*, Roma, 1973.
12. L.D. Reynolds, *Copistas...*, o.c. Índice de manuscritos: Leiden, Voss. lat. F. 30.
13. Bolonia en 1158 y París, que se consolida bajo Felipe Augusto, en 1200.
14. Varios son los gramáticos "moderni" que alcanzarán el éxito, pero la obra que más va a influir será el *Doctrinale* de Alejandro de Villadei. cf. El Doctrinal de Alejandro de Villadei, Edit. M. A. Gutiérrez Galindo, Akal, Madrid, 1993, pp. 48-49.
15. L. D. Reynolds, *Copistas...*, p. 172.
16. En 1371 invita a Crysoloras a Florencia, provocando así un nuevo contacto con el oriente griego y el desarrollo de la filología griega en Occidente.
17. L. D. Reynolds, *Copistas...*, pp. 186-190.
18. *Ibid.*, p. 132
19. E. J. Kenney, *The Classical Text*, Berkeley, 1974, p. 71.
20. cf. E. J. Kenney, *op. cit.*, p. 71.
21. Se entiende por significativos los manuscritos que, de los que se han conservado o pueden ser reconstruidos, y después de aplicar el método stemmático, resultan útiles para restaurar el texto.
22. Dios tutelar propio de cada persona que velaba por ésta desde su nacimiento y desaparecía a su muerte con ella.
23. Eran figuritas de dulce que los romanos intercambiaban durante las fiestas Sigilarias que seguían a las Saturnales.
24. Seguimos la conjetura de Scarpata, que mantiene *alius* en correlación con el segundo *alius*.
25. Recuértese que Séneca era estoico, sistema enfrentado en muchas de sus concepciones al epicureísmo.
26. L. D. Reynolds, *The medieval tradition of Seneca's letters*, Oxford, 1965.